

## Recensión

*El Cacique NIGALE y la ocupación europea de Maracaibo.* Tipografía Mundo, Maracaibo, Venezuela. 180 pp.

CLARAC, JACQUELINE  
*Doctorado en Antropología*  
*Universidad de Los Andes*  
*e-mail: martinica@cantu.net*

Este libro, muy interesante y muy poco corriente, ilustrado por Daniel Paz (probable dibujante de etnia wayuu, si se juzga por el apellido y por los contactos que tuvo el autor con esta etnia), se nos presenta en forma de novela histórica, con la cual desea el autor re-escribir la historia de Venezuela, “*dando al traste con resabios, malentendidos y condicionamientos apriorísticos*”, como escribe José Javier León, quien comenta el libro en su contraportada, porque es urgente revivir el discurso histórico para las escuelas y para nuestros jóvenes y niños. Según este último, Ildefonso Finol se inscribiría “*en lo que Briceño Guerrero llama ‘el Discurso Salvaje’ , que hace manifiestos la rabia, las frustraciones , la vergüenza...voz dolorida que discurre sobre el dolor, lo expone y demuestra*”...

El libro está escrito en un estilo más indígena que occidental, con mucha poesía y una concepción de la historia que convierte ésta a la vez en mito y en epopeya, reconstruyendo una realidad que tiene también elementos de ficción, con un tiempo más “etnológico” que histórico, para hacer hablar ahora a los que en el curso de 5 siglos no habían tenido voz.

Procura reconstruir el ambiente físico-mágico y sociocultural del Lago de Maracaibo y sus alrededores, antes de la

llegada de Alonso de Ojeda y después, empezando el relato con el viaje hacia el sur del gran cacique añú Maarak , quien gobernaba toda la zona del Lago de Maarak´iwo bajo el tótem de la serpiente cascabel, compartiendo la región armoniosamente con la otra etnia arawak, los Wayuu, y dos etnias menos numerosas, la Bari, de origen chibcha, y la Yu´Pa, caribe, viaje que llevaba a la construcción de nuevos pueblos añú. La descripción que nos hace todo el tiempo, como tela de fondo, de los paisajes lacustres, es bella y sugestiva, por ejemplo cuando nos muestra la caravana náutica alcanzada por toda una familia de toninas, parecidas a los seres humanos lo mismo que el manatí “*cuyos gemidos o cantos simulan voces mágicamente atrayentes, a las que es difícil ignorar cuando se está necesitado de afecto*”...Para convencer a su hermano To´olo de la necesidad de fundar nuevos pueblos, Maarak le lleva una cantidad de regalos entre los cuales unas bellas conchas de tortuga, de gran significado para los Añú, quienes se representan su Lago como un gran cascarón de tortuga volteado, con la concavidad hacia arriba.

Pero el 24 de agosto de 1499 iba a entrar por el norte en el Lago un quinto grupo humano, cuya expedición iba a dejar a su paso rastros de sangre indígena a pesar de que, durante 9 días, “*disfrutaron de la espléndida pero cautelosa diplomacia Añú*”, y a pesar de que no lograron conocer a Maarak, quien todavía estaba navegando hacia el sur.

Al regresar éste y haberse ido ya los extranjeros, el piache Mohán le previno que les quedaban a ellos pocos días de libertad, pues los nuevos llegados “*los encontrarían rumiando la nostalgia del tiempo que se acaba*”; les advirtió que los Añú, por vivir y dominar hasta entonces el Lago, darían “*el sacrificio mayor*” pues “*el Lago se teñirá de la sangre que sus armas nos arrancarán. Estaremos solos en la resistencia*”. De modo que Maarak se preparó y preparó a su gente para resistir cuando volverían los extraños visitantes; sin embargo pasaron 30 años antes que volvieran

con sus destructivas armas, así que tuvieron tiempo de morir el viejo piache y Maarak, a éste lo echaron al mar “*en una canoa ardiendo en solemne fuego*”... y también murió Alonso de Ojeda, el europeo que dirigía la primera expedición, ya que no regresó.

El 18 de septiembre de 1529 llegó a la zona el agente alemán Ambrosio Alfinger, en una excursión organizada desde Coro, que ocupaban los europeos desde 1527. Llegó con 180 hombres bien armados, tres embarcaciones “*y traían con ellos a unas bestias poderosas y terribles que sembrarían el terror entre las comunidades lacustres, enormes cuadrúpedos sobre los que los invasores lucían gigantes e invencibles, y otros más pequeños pero feroces que atados por el cuello no cesaban de exhibir sus colmillos sedientos de carne. Son caballo y perro, determinados aliados de la victoria del saqueo*”.

“***Todos sean herrados con fuego en la barbilla***”, fue la orden de los Welser o Belsares, aquellos teutones a quienes la Corona española había dado poder para conquistar, explotar, poblar y gobernar, incluyendo la licencia para esclavizar a los indios rebeldes (los Añú muy particularmente) e introducir esclavos negros. Empezaron con los indígenas de los pueblos de Parepi y Cumari, utilizando una artimaña que hoy sería calificada de “*guerra preventiva*”: “*Siendo sus tierras tan cercanas a Maracaibo, pudieran hacer mucho daño si no fuesen castigados oportunamente, visto que han querido alzarse y alborotar otros muchos pueblos que estaban en paz, cometieron traición y llegando a amacanear la Santa Cruz, rectamente sentencio*”...y condenó a “*222 piezas de indios e indias, pequeños y grandes, las 22 indias paridas sin contar sus criaturas de leche como piezas naturales...*” Y esto, a pesar de que la gente de Parepi y Cumari siempre habían sido generosos con los europeos. Los llevaron a Jamaica y Santa Marta, vendiéndolos a 7 pesos y medio por persona. Así se instauró definitivamente la era esclavista, con la complicidad de todas las autoridades, y la resistencia fue la única vía para la sobrevivencia.

En la medida que fueron llegando, los hombres no sólo de Alfinger, sino también de Federman, Spira, del obispo Rodrigo de Bastidas, iban saqueando más poblados, en busca de oro y de esclavos, dejando una estela de muerte y destrucción hasta las riberas de los ríos Zulia y Catatumbo, donde los recibieron “*las heroicas flechas de los recios guerreros Bari*”... En 1535 Federman, bajo instrucciones recibidas de Jorge Spira, se llevó a 700 indígenas como esclavos al Cabo de la Vela, para iniciar el negocio de la extracción de perlas, y los Añú incendiaron lo que quedaba de la ciudad de Maracaibo, así como los 3 navíos españoles anclados en el lago. Otra vez, en enero de 1541, Pedro de Limpias, veterano en el saqueo de la región Añú, “*para complacer las vanidades del recién nombrado gobernador, el obispo Rodrigo de Bastidas, raptó de sus hogares a 500 indígenas Añú, que vendieron a mercaderes de baja calaña en Coro*”. Así pudo el gobernador-obispo, sustituto del fallecido welsper Spira, financiar su ascensión al cargo.

En 1569 se produce el segundo intento de ocupación definitiva europea de Maracaibo, invasión que llegó de Trujillo, organizada por el capitán Alonso Pacheco, “*encargado de fundar una ciudad en la laguna de Maracaibo*”, con la ayuda de españoles de Trujillo y Mérida. “*Cada conquistador se inventó su Dorado, mundo mítico de riquezas incalculables que la codicia alimentó en las perturbadas mentes conquistadoras*”. Pacheco al no más llegar al lugar constituyó Cabildo y nombró a los dos primeros alcaldes de “*Ciudad Rodrigo de la Laguna de Maracaibo*”, nombre que se debió al origen de Pacheco, quien era de Ciudad Rodrigo en España. Las casas “*eran hechas con argamasa, piedras calizas porosas y varas de mangle, con techos de arcilla cocida*”. En casa de Pacheco se crió el niño NIGALE (quien iba a ser más tarde el nuevo héroe Añú de la resistencia) al lado de su madre y en compañía del hijo de Pacheco, con el cual compartía juegos y quien lo iba a matar posteriormente. Como Pacheco había pedido al Rey de España refuerzos, cosa de la cual se enteraron los Añú, se orga-

nizaron los últimos grupos Añú que quedaban, para vigilar la llegada de los nuevos europeos a la entrada del lago; llegaron a mediados de 1573, recibéndolos los Añú apostados en los manglares con una lluvia de flechas, que dio muerte a los españoles, y “*los bagres y zamuros hicieron el resto*”, después de lo cual las comunidades Añú que todavía sobrevivían en el estuario del Lago, intentaron un rescate definitivo de Maracaibo, dirigidos por Nigale, quien logró reunir cien canoas, que partieron de la isla de Toas repletas de hombres, mujeres y niños, de piedras, de arcos hechos de madera de curarire, con sus flechas, con buches de alcatraz llenos de curare, amarrados a la cintura con cocuiza, y macanas de mangle rojo recién cortado, que destilaba cera. La gente de Pacheco no pudo responderles ya que de la orilla las flechas comenzaron a causarles bajas, pues “*la orden dada al batallón de pedreros era tirar la mayor cantidad que pudieran en el menor tiempo posible una vez que las canoas tocaran ribera. Y así lo hicieron...*” uniéndoseles los indígenas que tenía Pacheco de sirvientes. “*La estocada fue severa. Jaque a Ciudad Rodrigo*”, escribe Finol. Cuando retornaron los caciques a sus comunidades, los últimos españoles que quedaron reunieron a sus heridos para huir de Maracaibo, y en cuanto a Pacheco, “*ni siquiera esperó a su grupo*”.

Una nueva invasión española fue preparada y encomendada esta vez a Pedro Maldonado, vecino y encomendero de Mérida, quien ofreció a varios encomenderos reconquistar las encomiendas de Maracaibo, de modo que llegaron con fuerzas superiores a las invasiones anteriores. Rebautizó el nuevo gobernador la ciudad, a la cual puso esta vez el nombre de “*Nueva Zamora de la Laguna de Maracaibo*”. Persuadido que el terror era el mejor método en la pacificación de la región, le imprimió a sus ataques sistemáticos a las comunidades indígenas una fiereza extraordinaria, ataques que repetía con una frecuencia inusitada, y el joven cacique del clan zapara de la nación Añú, Nigale, “*gime silencioso las nostalgias por un pueblo que desaparece: Su pueblo*”, pero

prepara una gran alianza entre los últimos clanes Añú que quedan, de las familias de los aliles, toas, parahute, paraúja, mohanes, auzales y arubaes, así como selló alianza también con los descendientes de la gran nación Chibcha, los Bari, del sur del Lago, éstos eran gente que nunca rehuían un compromiso por difícil que fuera, además de que amaban profundamente sus territorios, y con todos ellos la estrategia nigeleana fue de golpear a los españoles en eso que más les interesaba: sus negocios, especialmente el negocio de las perlas en Cabo de Vela. Los reductos de la resistencia asediaron con garra esos años, apoderándose del control de la navegación en el Lago, fundamentalmente en la barra, donde los guerreros de Nigale “*hicieron punto de honor, ubicándose audazmente en todas las islas y bajos del estrecho*”, pues pensaban que golpear el comercio haría más daño al invasor que golpear sus hogares. Persiguieron así las canoas guerreras todas las embarcaciones que llegaban de Cartagena o de Santo Domingo, así como las que venían de Gibraltar a traer tabaco y otras mercancías de Mérida, Barinas, Carora, Trujillo, Guanare, las naves comerciales ardían en llamas. Los Bari libraron la misma lucha al sur del lago, y destruyeron varias veces el puerto de Gibraltar, de modo que se transformó el lago de Maracaibo en un inmenso campo de batalla, con esa insurrección añú y bari en toda la región, hasta 1606, cuando llega un nuevo gobernador, Sancho de Alquila, quien trajo consigo una gran cantidad de hombres de armas, decididos a terminar definitivamente con la insurrección indígena, a lo que Nigale contestó pidiendo a los suyos y a los Barí arreciar la guerra, organizando un ataque masivo de ciento cincuenta canoas, irrumpiendo en el puerto de los españoles, llevándose sus embarcaciones y aprovechando la ocasión para tumbar los corrales de cabras, robar algunas y sacrificar el resto. Pero llegó la salvación para los españoles en 1569, con la llegada de Juan Pacheco Maldonado, hijo del antiguo gobernador Pacheco que había huido de “Ciudad Rodrigo” y con el cual Nigale había jugado en su infancia y que residía

hasta entonces en Trujillo. Este, después de lograr el apoyo económico, logístico y de recursos humanos que necesitaba, llegó sin avisar al pueblo de Parahute primero, que destruyó y se llevó a los caciques al puerto de Nueva Zamora para ejecutarlos en público, y para acabar con Nigale también, tramó una treta de engaño: Envió a éste un mensaje diciéndole que quería conversar con él, cosa que creyó Nigale, porque había conocido a Pacheco en su infancia y los Añú no habían tenido ningún problema con los habitantes de Trujillo de donde venía éste. Decidieron “conversar” en la isla de Zapara, adonde debía ir cada jefe con sólo un grupito de hombres sin armas. Pero los hombres de Pacheco escondieron sus puñales en las mangas de sus camisas, mientras que con Nigale venían no sólo algunos pocos hombres sino también mujeres y niños. *“El diálogo se trocó en un monólogo de cuchillos, espadas y mosquetes”*. Era la víspera de San Juan, 23 de junio de 1607. A Nigale pudieron apresarlos vivos y los llevaron a Nueva Zamora con otros 11 de sus guerreros, los mantuvieron encerrados en jaulas de hierro y al tercer día los ahorcaron en la plaza mayor. Así *“se selló el fin de la resistencia indígena en Maracaibo, con la muerte de su más querido líder”*.

Con estos primeros 108 años de la “historia” de Maracaibo todavía desconocida de los venezolanos y de los mismos marabinos, reconstruye de este modo el autor 108 años de invasiones europeas y resistencia indígena, especialmente la de los Añú, quienes quedaron finalmente exterminados en su mayor parte. Con tristeza comenta Finol que, a fines del siglo XX, éstos habían perdido sus últimos descendientes, básicamente concentrados en la laguna de Simanaica, y perdido también su lengua (hoy, sin embargo, está renaciendo ésta, gracias a un programa dirigido por unos lingüistas de la Universidad de Zulia), de modo que los términos indígenas utilizados en el texto son del arawak wayuu, lengua de esos primos hermanos de los Añú, quienes también resistieron a la cultura invasora pero con otras estrategias de resistencia que les

permitieron sobrevivir y adaptarse de modo extraño y exitoso a las costumbres “criollas”, aunque sin perder su identidad. Esas palabras con las cuales nombra Finol los elementos del cosmos y la gente, dice haberlas aprendido del maestro wayuu Ramón Paz Ipuana, a fin de reconstruir el ambiente de aquellos héroes Añú, especialmente de Maarak y Nigale, cuyos descendientes conoció en el siglo XX al frecuentar el barrio El Nazareno del Moján.